

# La ética de la compasión y la desesperación: una lectura contemporánea de la tragedia de Medea

Beatriz Rayón Viña. Universidad de Oviedo (España)

Recibido 05/02/2026 • Aceptado 30/04/2026

ORCID: <<https://orcid.org/0000-0002-7114-279X>>

## Resumen

Medea asesina a sus hijos como venganza contra Jasón, quien la traicionó y abandonó. Este acto la convierte en un sujeto moralmente ambiguo: traidora, vengativa y fuera de la ley. En su poemario *Medea*, Chantal Maillard revisita el mito para explorar la ética de la compasión y la justicia en situaciones extremas. Para Maillard, la compasión no es lástima, sino una actitud activa que reconoce el sufrimiento del otro sin justificar sus actos.

Judith Butler, basándose en Emmanuel Levinas, aporta otra perspectiva sobre la compasión y la ética del «rostro del otro». El rostro no es solo apariencia, sino una demanda ética que interpela y exige respuesta. Sin embargo, esta respuesta se vuelve problemática cuando el rostro es deshumanizado. En *Medea*, su rostro refleja dolor y desesperación, pero también puede ser visto como un llamado ignorado o rechazado.

La paradoja ética de *Medea* nos enfrenta a una pregunta difícil: ¿podemos sentir compasión por alguien que, desde su sufrimiento, comete atrocidades? Su historia nos obliga a cuestionar los límites de la compasión y nuestra capacidad de reconocer el dolor ajeno, incluso cuando este se traduce en destrucción.

**Palabras clave:** vulnerabilidad, ética, compasión, teatro, poesía.

## Abstract

### The ethics of compassion and desperation: a contemporary reading of the tragedy of Medea

Medea murders her children as revenge against Jason, who betrayed and abandoned her. This act turns her into a morally ambiguous subject: treacherous, vengeful and outside the law. In her collection of poems *Medea*, Chantal Maillard revisits the myth to explore the ethics of compassion and justice in extreme situations. For Maillard, compassion is not compassion, but an active attitude that recognizes the suffering of the other without justifying his or her actions.

Judith Butler, drawing on Emmanuel Levinas, brings another perspective on compassion and the ethics of the «face of the other». The face is not only appearance, but an ethical demand that interpellates and demands a response. However, this response becomes problematic when the face is dehumanized. In *Medea*, her face reflects pain and despair, but it can also be seen as an ignored or rejected cry.

Medea's ethical paradox confronts us with a difficult question: can we feel compassion for someone who, out of her suffering, commits atrocities? Her story forces us to question the limits of compassion and our ability to recognize the pain of others, even when it translates into destruction.

**Keywords:** vulnerability, ethics, compassion, theater, poetry.



# La ética de la compasión y la desesperación: una lectura contemporánea de la tragedia de Medea

Beatriz Rayón Viña. Universidad de Oviedo (España)

Recibido 05/02/2026 • Aceptado 30/04/2026

ORCID: <<https://orcid.org/0000-0002-7114-279X>>

«Todo círculo es vicioso: / en cualquier punto en el que inicies / el trayecto / te encuentras al final del mismo. / En cualquier punto estás en el inicio» (Maillard, 2020: 31). Esta reflexión de Maillard encapsula la tragedia de Medea: un destino sellado en su propio sufrimiento. La *Medea* de Eurípides (1991) nos plantea un dilema ético: ¿cómo reaccionar ante alguien que, desde el sufrimiento, comete actos atroces? ¿Qué lectura podemos dar a Medea, víctima y verdugo, desde la filosofía moral? ¿Y qué nos incomoda más, la violencia que sufre o la que ejerce? ¿Cómo compadecer? En la tragedia de Eurípides, Medea, mujer extranjera y traicionada por su esposo Jasón, responde a su despojo y humillación con una venganza devastadora. Su historia nos desafía a explorar la compasión más allá de sus límites convencionales, a reflexionar sobre la vulnerabilidad humana y la difícil tarea de re-conocer<sup>1</sup> al otro como un sujeto moral cuando este se convierte en fuente de atrocidad. Desde la perspectiva de Chantal Maillard y Judith Butler, la tragedia de *Medea* puede leerse como una exploración de la ética de la compasión y su relación con el sufrimiento irreparable.

151

eikasía  
N.º 137  
Extra, junio  
2026

## § 1. Medea: argumento

*Medea anuda la cuerda en la rama del árbol seco.*

—¿Qué vas a colgar de esa cuerda? —pregunta el más joven de los hijos.

—Lo que amo—contesta Medea.

<sup>1</sup> Me permito la licencia de añadir un guion en el término dada la connotación de repensar a Medea: re-conocer, en tanto que debemos realizar una nueva lectura dual que trata de aunar las dos realidades contenidas en el complejo personaje. Re-conocer para conocer a Medea desde la compasión, desde la identificación de su rostro como agente pasivo y receptor del dolor, y como agente activo y consciente que busca venganza.

En la obra de Eurípides, Medea es presentada como una mujer atrapada en un mundo que constantemente le niega su humanidad: ha abandonado su patria, asesinado a su hermano y soportado la marginación como extranjera en Grecia, todo por amor a Jasón. Sin embargo, él la traiciona al casarse con Glauce, hija del rey Creonte, buscando poder y estabilidad. No solo esto es así, sino que además Creonte teme su venganza y decide exiliarla. La traición de Jasón y la situación de desamparo en la que se encuentra desencadenan un profundo dolor en Medea, el cual la lleva a lamentarse mediante las siguientes palabras: «¡Oh padre, oh ciudad de los que me alejé, después de matar vergonzosamente a mi hermano!» (Eurípides, 1991: 219).

Junto con las interpretaciones de Chantal Maillard y Judith Butler podemos reflexionar sobre la paradoja de la compasión: cómo podemos reconocer el dolor del otro sin negar el daño que causa. En Medea vemos una representación trágica de esta paradoja: una mujer atrapada entre su sufrimiento y su deseo de venganza. La obra de Maillard, por una parte, no apela a la indulgencia ni la absolución, sino a reconocernos —vernos cara a cara— con el sufrimiento irreductible. Este sufrimiento se encarna en la figura de Medea, en su propio cuerpo y expresión, que representan una batalla moral entre la ética y el horror. Medea, como venganza, mata a Glauce y al rey Creonte, pero también a sus propios hijos con tal de hacer sufrir a Jasón; de esta manera busca equiparar su dolor al de ella, aunque el asesinato de sus hijos suponga aumentar aún más su dolor. Su tragedia no solo nos enfrenta a la complejidad ética del sufrimiento, sino también a nuestra propia capacidad de compasión frente a lo irreparable. La pregunta aquí entonces será: ¿es posible sentir compasión por alguien que comete una atrocidad tan inimaginable? Para abordar esta pregunta, Maillard nos escribe:

¿Cómo compadecer?  
Nuestra es ahora la tarea.  
Detener  
la rueda  
cortar  
las cuerdas que mantienen  
a todo aquel que nace  
asido

al hambre  
y al terror.  
[Maillard, 2020: 83]

La rueda representa el ciclo —aparentemente interminable— de violencia inherente a la vida, apelando a la necesidad de interrumpir la lógica del daño, asumida como parte inevitable de una existencia marcada por el hambre y el terror. Medea misma reconoce la magnitud de sus actos, su presencia en la rueda, pero se ve impulsada por un deseo de castigo absoluto hacia Jasón: «Es de todo punto necesario que mueran y, puesto que es preciso, los mataré yo que los he engendrado» (Eurípides, 1991: 256). En su monólogo, Medea expresa su dolor como mujer y madre, pero también su determinación de vengarse: «Sábelo bien: el dolor me libera, si no te sirve de alegría» (*ibidem*: 261). Desde esta postura, Medea no busca justicia, sino hacer del dolor su única afirmación posible en un mundo que la ha condenado, y esta frase encapsula el conflicto ético central de la obra. Medea no busca redención ni comprensión; su venganza es un grito de dolor transformado en acción destructora. En el poema de Maillard, la autora nos dirá: «La piedad es moral y la moral consagra / el orden de los justos» (Maillard, 2020: 70) y unos versos más adelante, en el mismo poema, «Yo no pedí clemencia» (*ib.*: 71). Para esta autora —Maillard—, este tipo de sufrimiento no puede ser eliminado ni reparado; solo puede ser reconocido como una realidad irreductible.

## § 2. La lectura de la compasión

Maillard retoma el mito clásico de Medea para despojarlo de sus elementos míticos o heroicos tradicionales y acercarlo a la experiencia humana universal. El poemario está compuesto por fragmentos poéticos, reflexiones y voces que dialogan entre sí, desdibujando las fronteras entre la poesía y el pensamiento filosófico. «En este mundo ¿quiénes somos / las víctimas y quiénes los culpables? / En el lugar del hambre / cualquier depredador es inocente» (Maillard, 2020: 81).

El de Medea no es solo el relato de una mujer que mata a sus hijos, sino la representación de una fractura profunda en el tejido del ser, una exploración de los límites del amor y del odio. Una de las líneas centrales del poemario es el análisis del

dolor como una experiencia que define y desdibuja al ser humano. Maillard examina cómo el dolor puede llevar a la destrucción, no solo de los demás, sino también de uno mismo. «Nunca necesitó de leyes / el corazón humano. / Nunca necesitó de dioses /para saber de heridas» (*ib.*: 73). Medea simboliza el acto extremo de la violencia como una forma de respuesta al abandono y la traición. Sin embargo, en el poemario esta violencia no se presenta como un acto heroico ni como algo plenamente condenable, sino como una expresión de la complejidad de las emociones humanas en su límite más oscuro.

Medea no es solo un personaje mitológico, sino un símbolo del desgarramiento que define la existencia humana. A través de ella, Maillard nos enfrenta a nuestras propias contradicciones, a la violencia que portamos y a la fragilidad de las relaciones humanas. «Añoro / la inocencia» (*ib.*: 88). Medea se convierte, en manos de Maillard, en una figura que trasciende su tiempo para hablarnos de lo que significa ser humano en cualquier época; pero también aborda dos conceptos difíciles de entender juntos, encarnados en su cuerpo —el amor y la venganza.

—Tú amas a los tuyos, yo a los míos,  
dijo Creonte  
—No hay mayor pena que el amor,  
contesté  
Amor... ¡qué mal  
utilizamos la palabra!  
Telar adentro  
la mano de Jasón tendida hacia la mía.  
Entre las cuerdas.  
Su mano. *Trameare*. Atravesar.  
La trama. Nuestras manos.  
Cómo no recordar  
el olor de la lana mojada  
el tacto  
del bastidor bajo la lluvia  
mis uñas desgarrando  
la niebla que ascendía del pantano.  
Muchas historias pueden ser contadas  
a partir de una sola.  
[Maillard, 2020; 29-30]

### § 3. El rostro del enemigo

La compasión, según Maillard, no implica justificar ni redimir al otro, sino estar presente frente a su sufrimiento, incluso cuando este adopta formas terribles. Reconocer el dolor de Medea significa aceptar la contradicción que encarna: es víctima y verdugo, una madre amorosa que destruye lo que más ama. Su sufrimiento no redime sus acciones, pero tampoco puede ser ignorado; este no es solo emocional, sino también es un desarraigo existencial. Su posición como mujer y extranjera la coloca en una situación de extrema vulnerabilidad, un concepto central en la ética contemporánea. Judith Butler define la vulnerabilidad como una condición compartida que nos hace depender unos de otros, pero también como un espacio donde podemos ser dañados:

La pérdida y la vulnerabilidad parecen ser la consecuencia de nuestros cuerpos socialmente constituidos, sujetos a otros, amenazados por la pérdida, expuestos a otros y susceptibles de violencia a causa de esta exposición. [Butler, 2006: 46]

En el caso de Medea, esta vulnerabilidad se convierte en violencia: una forma de reclamar su lugar en un mundo que la ha rechazado.

El cuerpo supone mortalidad, vulnerabilidad, praxis: la piel y la carne nos exponen a la mirada de los otros, pero también al contacto y a la violencia, y también son cuerpos los que nos ponen en peligro de convertirnos en agentes e instrumento de todo esto. [Butler, 2006: 52]

El concepto del rostro levinasiano que aborda Judith Butler en sus escritos filosóficos nos presenta una perspectiva contrastante sobre la compasión y la ética. Emmanuel Lévinas sostiene que la relación ética se establece a través del «rostro del otro».

¿Es la simple vulnerabilidad del Otro lo que se me vuelve una tentación asesina? Si el Otro, el rostro del Otro, que después de todo es el que comunica el sentido de esta precariedad, me tienta a la vez con el asesinato y me prohíbe ejecutarlo, entonces el rostro sirve para producir una lucha en mí e instalarla en el corazón de la ética. [Ib.: 170]

El rostro no solo es una mera apariencia física, sino una presencia que interpela y exige una respuesta ética. La vulnerabilidad y la exposición del rostro del otro nos llama a una responsabilidad ineludible. Butler señala que el rostro del otro representa una demanda ética que no puede ser ignorada. Sin embargo, también reconoce que, en muchas ocasiones, los rostros son deshumanizados y, por ende, la respuesta ética que se le da a estos.

Pero recordemos que Lévinas también nos dice que el rostro, el rostro del Otro y por consiguiente la demanda ética del Otro, es esa vocalización de la agonía que no es todavía lenguaje o que ya dejó de serlo —el rostro a través del cual tomamos conciencia de la precariedad de la vida del Otro, el rostro que despierta a la vez la tentación de matar y la prohibición de hacerlo—. ¿Por qué la incapacidad de matar debería ser la situación de discurso? ¿O se trata más bien de que es la ambivalencia entre el temor por la propia vida y la angustia por volverse un asesino lo que constituye la situación discursiva? [*Ib.*: 174-175]

En el contexto de Medea, su rostro, marcado por la desesperación y el dolor, podría ser visto como un llamado a la compasión difícil de Maillard, pero también puede ser interpretado como un ejemplo de ausencia de compasión cuando es rechazado o ignorado. El rostro del otro nos interpela éticamente, nos exige una respuesta que reconozca su humanidad. Pero, ¿cómo responder al «rostro» de Medea, que no solo sufre, sino que también inflige un sufrimiento insoportable? Este es el desafío ético que Eurípides presenta: Medea es la alteridad que rompe nuestras categorías morales.

La tragedia de Medea expone las ambigüedades de la moralidad relativa. ¿Es su venganza justificable ante la traición que ha sufrido? ¿O sus actos la condenan más allá de cualquier compasión? Eurípides no ofrece respuestas fáciles: en lugar de dividir a los personajes entre buenos y malos, muestra cómo el dolor puede llevar a actos extremos que trascienden las categorías morales. En esta ambigüedad, Medea se convierte en un símbolo de lo irreparable. Su sufrimiento, como señala Maillard, no puede ser reconciliado con la justicia. Incluso cuando huye su victoria es amarga: está completamente sola, habiendo destruido todo vínculo con los demás. Esto resuena con el concepto de la «compasión difícil» de Maillard: una compasión que no busca redimir, sino confrontar la dureza del sufrimiento humano. La autora redefine la compasión como una actitud activa y consciente que va más allá de la simple empatía. En lugar de sentir lástima o pena por el sufrimiento ajeno, la compasión difícil requiere

una comprensión profunda y un compromiso activo para aliviar el sufrimiento de los demás. Esta verdadera compasión implica un esfuerzo por comprender al otro en su totalidad, incluidos sus defectos y aspectos negativos.

El escenario de Medea, objeto del ensayo de Maillard *La compasión difícil* (2019), nos lleva a una profunda reflexión filosófica y ética sobre el desafío de practicar la compasión en un mundo donde la violencia, la depredación y el sufrimiento son inherentes a la vida misma. La compasión, para Maillard, no es un acto sencillo ni sentimental, sino un ejercicio radical de conciencia que enfrenta las tensiones ineludibles de existir en un ciclo que implica vida y muerte. Maillard comienza desmontando la idea de que la vida sea un bien absoluto:

La vida es un bien en sí mismo, dicen. Y les parece incluso de sentido común entenderlo así. ¿De verdad lo es? No se me ocurre un solo argumento válido para pensar que la vida sea un bien. [Maillard, 2019: 48]

Lo que se valora no es la vida en general, sino la propia vida y la de quienes consideramos semejantes o cercanos. Este egoísmo subyacente queda evidenciado en la facilidad con que priorizamos la existencia de unos sobre otros según nuestras necesidades o afinidades.

La ética, afirma Chantal Maillard, también está impregnada de esta parcialidad: aunque se proclama la universalidad de ciertos valores, su aplicación práctica revela límites arbitrarios. Preservamos la vida de los «nuestros» y justificamos la eliminación de otros, lo que desmorona cualquier noción de un valor absoluto. Ella lo expresa de manera contundente cuando dice: «Lo que interesa ante todo es asegurar / preservar la vida de algunos, los ‘nuestros’, los (más) semejantes, no la vida en sí» (Maillard, 2019: 49). Esta práctica ética, tan delicada en su forma como endeble en su aplicación, se basa en una concepción mitológica de la superioridad humana, una herencia cultural que legitima la explotación de otras especies y de aquellos humanos considerados «menos semejantes».

Reconocer que todos los seres formamos parte de un ciclo inevitable de depredación añade complejidad a la posibilidad de una compasión genuina. Maillard describe este ciclo como una condición ineludible de la existencia: «—¿Cómo compadecer? —pregunta el inmortal, con la sangre en los labios. ¿Acaso no es ésta la ley que todos

estamos condenados a acatar? Alimentarnos unos de otros. Arrebatarnos la vida a los de otra especie» (*ib.*: 33). En este contexto, la compasión no puede surgir desde un desconocimiento de nuestra implicación en la violencia inherente al ciclo vida-muerte, sino desde una aceptación lúcida de nuestra interdependencia con todo lo que nos rodea. A pesar de esta perspectiva desoladora, Maillard sugiere la posibilidad de ampliar nuestra mirada para abrazar una ética más inclusiva. Este ejercicio implica despojarnos de las jerarquías y límites que solemos imponer a nuestra percepción del mundo. Ella plantea: «Tal vez lleguemos a ser capaces, desposeyéndonos y desarmando la mirada, de comprender aquello que nos asemeja, y que no es el hambre» (*ib.*: 50). Esta mirada despojada nos permitiría reconocer la interconexión esencial de toda vida y cuestionar los supuestos que justifican nuestra dominación sobre otras formas de existencia. Maillard reconoce que el sufrimiento es una constante universal de la que no podemos escapar. Toda existencia implica dolor, y aunque el sufrimiento pueda ser conceptualizado como ilusorio desde algunas perspectivas filosóficas, sigue siendo absolutamente real para quienes lo experimentan:

Toda existencia entraña dolor. Y de poco servirá recurrir a la idea de que el sufrimiento —y el mismo universo— puedan ser ilusorios, pues mientras forme parte del Hambre el dolor será siempre real para el que sufre. [*ib.*: 51]

Este reconocimiento no busca eliminar el sufrimiento, sino enfrentarlo con lucidez como parte inevitable de la vida. Medea —sus lecturas, sus interpretaciones y el personaje— nos obliga a reconciliar la compasión con nuestra propia capacidad de mirar el dolor sin buscarle justificación o negar su legitimidad. Nos obliga a habitar el terreno extraño en el que el sufrimiento y la atrocidad conviven sin solución definitiva.

## Bibliografía

- Butler, Judit (2006), *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Paidós, Buenos Aires. Colección Espacios del Saber.
- Eurípides (1991), *Tragedias: El cíclope, Alceste, Medea, Los heraclidas, Hipólito, Andrómaca, Hécuba*. Madrid, Gredos, Biblioteca Clásica.
- Maillard, Chantal (2020), *Medea*. Barcelona, Tusquets. Marginales. Nuevos textos sagrados
- Maillard, Chantal (2019), *La compasión difícil*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.